

# Nota editorial

**P**or momentos, contemplando los acontecimientos políticos más sobresalientes del último año parece que nos encontremos en la apoteosis de lo que Ortega y Gasset denominó “frenesí simplificador”, que enunció como una de las características más inquietantes del proceso histórico descrito en *La rebelión de las masas*. Un frenesí que afecta a los procedimientos, jalonado por la manía plebiscitaria que ha ido adoptando la política incluso en países cuya cultura, tradición institucional y madurez cívica parecían protegerlos de esa degeneración reduccionista; y que afecta también a los argumentos, por el lado de la oferta y por el lado de la demanda, como han puesto de manifiesto los éxitos relativos de numerosas propuestas populistas y antipolíticas.

“Mi tesis –afirmaba Ortega– es, pues, esta: la perfección misma con que el siglo XIX ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida, es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización, sino como naturaleza”.

Lo que Ortega denominaba “invento prodigioso” de la civilización política europea sucumbió pronto al acoso totalitario de izquierda o de derecha, en España y en toda Europa, pero emergió nuevamente en la posguerra mundial no solo restaurando y mejorando los Estados democráticos y liberales asolados por la guerra, sino elevándolos hasta una nueva forma política europea asentada en la supranacionalidad.

La perfección de la organización política y social del siglo XIX queda muy, muy atrás cuando se la compara con la perfección alcanzada por los Estados europeos contemporáneos que han venido siendo parte activa de la Unión Europea, y, precisamente por ello, el peligro de que sea vista como naturaleza y no como organización, aumenta. Es improbable encontrar en la historia ejemplos de un orden social y político más provechoso para más personas, que haya proporcionado tanta libertad y tanto progreso a sus miembros. Ha sido dentro de ese marco donde España ha hallado su mejor versión en las últimas décadas, que irradió como ejemplo hacia Latinoamérica y, más tarde, también hacia el este de Europa.

Pero todo eso ha sido posible sobre la base de que había que organizarlo, y para ello era indispensable pensarlo. En la medida en que esa tarea intelectual se ha detenido o ha sido arrumbada como ajena a la política “real”, como propia de intelectuales y no de políticos, esa organización ha decaído, incapaz de enfrentar adecuadamente sus problemas. Y se ha hecho vulnerable ante el empuje naturista. La política que no quiere ponerse a pensar en lo que tiene que hacer es indefectiblemente una política insuficiente o, simplemente, mala.

La naturaleza no produce separación de poderes, ni prensa libre, ni derechos inalienables, ni nada de lo que compone la forma del poder y el corazón cívico de las sociedades abiertas. Tampoco hay un re-

medio natural para la crisis del sistema de pensiones, por ejemplo. La política y el Estado son, efectivamente, organización, no naturaleza.

Nuestra forma política, hoy afectada por numerosas tensiones, expresa una civilización construida mediante ideas y actitudes bien afinadas, cultivadas y transmitidas a lo largo del tiempo, perfeccionadas en él. Un patrimonio que hay que proteger no para reverenciarlo, pero sí para respetarlo y utilizarlo críticamente como punto de partida de un futuro mejor y que este lo sea para más personas.

Las ideas importan. Mucho. Entregadas a la primera tecnocrática, ajenas a una cultura política activa y vigilante de la libertad y del progreso, propositiva e innovadora, inteligente y emotiva, las sociedades no terminan en Zúrich, terminan en Caracas.

Un *think-tank*, una fundación de pensamiento político como FAES, que inicia ahora una nueva etapa de su desarrollo, no debe ubicarse en la periferia de la vida pública. Atribuir al pensamiento crítico sobre los problemas básicos de una sociedad intención abrasiva y motivos sospechosos, sería equivocarse gravemente. Incluso desde el punto de vista estrictamente jurídico, las leyes reclaman de los poderes públicos que permanezcan atentos a lo que la sociedad tiene que decirles sobre las cosas que se proponen hacer. Porque de ellos se espera no solo buenas intenciones sino aciertos, y para eso casi nunca sobra la ayuda: la redacción de las normas “estará precedida de cuantos estudios y consultas se estimen convenientes para garantizar el acierto y la legalidad de la norma”, establece el artículo 26.1 de la ley del Gobierno.

FAES, con cuantos otros quieran desarrollar una función análoga desde la posición relativa en la que se ubiquen, va a mantenerse en ese espacio central

de la sociedad española. Con libertad y por responsabilidad. Visiblemente. Porque España no es tarea de algunos sino de todos, cada uno en su lugar.

Y porque basta con repasar algunas de las publicaciones que esta fundación ha puesto en circulación a lo largo de la última década para darse cuenta de la importancia que su reflexión y su capacidad de anticipación pueden tener para nuestra sociedad si se quieren utilizar.

No es solo que en nuestro catálogo se puedan encontrar trabajos muy valiosos sobre la crisis económica, el derrumbe del socialismo, la Primavera árabe, la negociación política con el terrorismo, las carencias de la Administración Obama, el desafío secesionista y tantos otros más, firmados por algunos de los mejores especialistas del mundo. Lo verdaderamente llamativo son las fechas. Es que fuera en 2005, en esta misma revista, cuando Rickard Sandell advirtió de la posibilidad de que estallaran graves conflictos en el norte de África como resultado de sus tendencias demográficas. Y fue en el verano del 2007 cuando Juan Velarde anticipó que la economía española podía derrumbarse; en enero de 2008 cuando Bernard Lewis reflexionó sobre Europa y el islam en términos que parecen escritos hoy, y en junio de ese mismo año cuando Fernando Londoño advirtió del papel del chavismo en el blanqueamiento de las FARC y hasta dónde podía llegarse por ese camino.

Fue en 2009 cuando Víctor Pérez-Díaz avisó de las tendencias de fondo que hacían probable a medio plazo un bloqueo de la toma de decisiones políticas fundamentales en España, y un empeoramiento de los modos políticos alentado por la percepción de un uso oligárquico del poder; y cuando Edek Tarnawski advirtió de la dinámica internacional impulsada por Putin y sus alianzas latinoamericanas.

Fue en 2010 cuando hablamos del peligro de la ocupación identitaria del espacio público a lomos del multiculturalismo adoptado por la izquierda; en 2011 cuando se señaló al populismo como amenaza electoral real y en 2012 cuando se puso el foco en el referéndum escocés y en los peligros de la política británica. Lo mismo podría decirse sobre el secesionismo catalán, ETA, Oriente Medio, África, la Educación, la Sanidad, los medios de comunicación, el colapso de la izquierda, etc., etc., etc.

Una impresión parecida se tiene al recordar los campus de verano, los libros y análisis, los cientos

de seminarios celebrados. Todo consta en las memorias de la Fundación, que, como es sabido, ha sido reiteradamente reconocida por su transparencia por instituciones independientes.

FAES ha trabajado mucho y bien. FAES habitualmente anticipa y, dicho sea de paso, con algún acierto. Eso es un activo en nuestro debate público que no se puede despreciar. Y que no se debe perder. Por eso, la Fundación FAES sigue adelante. Renovada y fortalecida. Con proyectos nuevos y con los propósitos de siempre. Contra nadie. Para España. ■

